

# Las lecturas infinitas

## Varios acercamientos al trópico

Alexis Romay

EN VISTA DEL AMANECER EN EL TRÓPICO (1974)<sup>1</sup>, GUILLERMO Cabrera Infante presupone la existencia de, al menos, tres lectores elementales:

- 1] quien conozca *todos* (o la mayoría de) los intersticios que propone el texto;
- 2] quien sea capaz de reconocer *algunos* de los pasajes del texto;
- 3] quien malamente pudiera ubicar a Cuba en un mapa físico del mundo.

El primero de éstos, quiéralo o no, se verá obligado a ejercitar la lectura entre líneas, pues —con las excepciones de los dos Pedros: el compositor del Himno Nacional, Perucho Figueredo, y el líder estudiantil Pedro Luis Boitel—, los personajes (históricos, literarios) del *trópico* no aparecen nombrados en este libro. Es un texto invadido por la elipsis, la sinécdoque y la metonimia: en sus páginas, el indio Hatuey es un aborigen de «perfil aguileño todavía visible en las etiquetas de las botellas de cerveza»; José Martí, el «hombrecito de grandes bigotes y casi calvo»; Máximo Gómez, el «mayor general»; Calixto García, «el viejo general de la estrella en la frente»; Antonio Maceo, «el fornido general negro»; Camilo Cienfuegos, «el segundo comandante (que) desapareció en el avión»; Hubert Matos, «el tercer comandante (que fue eliminado de la foto —ergo, de la historia— para hacerla más compacta)» y así, *ad infinitum*.

Al segundo lector posiblemente no le será muy fácil descifrar a qué general enterraron con «un peso macho sobre el esqueleto», quiénes manejaban los automóviles agresores en el atentado sobre «el puentecito» o cuál era la identidad de los jóvenes que dijeron: «Nos persigue la

<sup>1</sup> Cabrera Infante, Guillermo; *Vista del amanecer en el trópico*; Ed. Universal, Miami, 1994.

Tiranía»; sin embargo, éste sabrá que el texto contiene un mensaje cifrado que le toca desentrañar.

Pero el tercero de los lectores hipotéticos, ese lector «virgen», se ha de enfrentar a un libro atípico: una mezcla que se mueve entre la crónica y la ficción, la literatura y la historia, la imaginación del fabulador y las *serias* referencias precedentes. Sin embargo, éste es *también* un lector ideal; quizá *el* lector ideal en cuanto a que tendrá la posibilidad de adentrarse en el texto en *sí* y apreciarlo por lo que *está* escrito en él, no por las intertextualidades que demanda. En caso de que exista esa persona (pues todo es posible: hasta la existencia de alguien que no sepa absolutamente nada de Cuba), su valoración desprejuiciada arrojaría a la luz sutilezas que los lectores primero y segundo, inmersos en la dicotomía literatura-historia, se habrán perdido en el último cuarto de siglo. Este tercer espectador, sin la interferencia del vaivén intertextual, aprehendería lo más íntimo del texto —Suzanne Jill Levine lo revela en su libro *The Subversive Scribe: Translating Latin American Fiction*<sup>2</sup>—: en *Vista del amanecer en el trópico*, o lo que es lo mismo, en Cuba, «la historia se repite»<sup>3</sup>.

En este híbrido con título de guía turística, Cabrera Infante alude, entre otros, a textos académicos (el libro *Historia de Cuba*, de Fernando Portuondo), históricos (las crónicas de Cristóbal Colón), orales (la transcripción de la llamada telefónica a la madre de Pedro Luis Boitel) y literarios («la larga, bella e *infeliz* isla» descrita por Hemingway en *The Green Hills of Africa*, que en la última página de *Vista del amanecer...* se transmuta en una entidad doblemente afligida: «esa *triste, infeliz* y larga isla»). No en balde, en la obra citada, Jill Levine plantea que «la originalidad del libro radica en su diálogo crítico con otros textos históricos y literarios»<sup>4</sup>.

El autor cita, parafrasea y comenta a los aludidos, subvierte los modelos a los que en teoría pertenece su libro, —documental, ficción—, desacraliza la «gravedad histórica» de la mentada isla —que a pesar de su larga tradición de choteo jamás ha dejado de ser púdica— y, al hacer esto, arrastra a *Vista del amanecer en el trópico* al terreno universal de la parodia.

En efecto, luego de visitar la más parca definición de parodia —que ofrece el diccionario de la Real Academia Española y se resume a dos escuetas palabras: «imitación burlesca»—, cualquiera de los lectores (primero, segundo o tercero) comprenderá que —al margen de su posible inclusión en disímiles categorías y subcategorías literarias: libro de ficción (novela fragmentada, cuento breve, viñeta), libro de ensayo (sobre la violencia, sobre la unilateralidad manipuladora de la historia) o, incluso, hasta como libro de historia *per se*— este libro es la divina comedia tropical, la gran parodia cubana.

<sup>2</sup> Levine, Suzanne Jill; *The Subversive Scribe: Translating Latin American Fiction*; Greywolf Press/ Saint Paul, Minnesota, 1991.

<sup>3</sup> La traducción es mía.

<sup>4</sup> Ídem.

Puede ser además la historia *otra* de Cuba. Pero su *otredad* no constituye la visión de un extraño o un neófito, pues el *amanecer* de Cabrera Infante —quien es, a pesar de su exilio (o gracias al mismo), el *insider* por excelencia— responde al discurso institucionalizado de la historia oficial de la Isla. La suya es una réplica —irónica, pero directa— a la presentación de *esa* historia como monolito. Con un tono mordaz y una «frialdad apasionada», el autor imbrica la violencia con el lirismo, lo real con lo ficticio, el mito con el dato, la leyenda con el testimonio y, de paso, se empeña en hacer que la unidad resultante sustituya al gran bloque sólido, inamovible e incuestionable del pasado *oficial* cubano (y hasta de su presente, habida cuenta que el libro abarca hasta la primera mitad de los años 70). O como explicara el propio Cabrera Infante en una entrevista a Torres Fierro: «la historia ahora vista como una simple anécdota, la vida histórica transformada en mera escritura, en versiones de la realidad, o mejor aún, en la realidad misma»<sup>5</sup>.

A pesar de que no incluye un solo dálmeta en sus páginas, al libro lo componen 101 *viñetas* —a falta de mejor nombre—. Sin embargo, esta disección matemática puede resultar fallida: desviaría la atención hacia los árboles, ocultando la esencia íntegra de un bosque uniforme, pues aunque el hilo argumental, los contextos y los personajes se desplacen constantemente, abarcando casi quinientos años de la historia cubana, las *supuestas* viñetas no son tales. El concepto de viñeta plantearía una ruptura entre el texto precedente y el posterior, división que —al margen de las piruetas del autor— no llega a producirse en el libro. A pesar de la fragmentación de su contenido, el texto presenta una coherencia orgánica. De ahí que su título sea *Vista*, no *Vistas*.

Dicho *documento*, que pertenece tanto a la literatura como a la historia del archipiélago caribeño —y a todos los posibles bastardos de esta alianza, entre ellos: la literatura histórica, la historia de la literatura, *et al.*—, plantea una unidad —desparramada, esparcida por espacio de más de cuatro siglos— en el caos nacional. El texto regala un panorama único y, por tanto, endémico, de la Isla, y presenta un análisis sosegado de los dos aspectos más intrínsecamente cubanos que, según Cabrera Infante, no son otros que la insularidad y la violencia.

Si se toma en cuenta que la primera viñeta termina: «Ahí está la Isla (...) ahí está» —aquí Cabrera Infante omite cerrar la oración con un punto— y que la última viñeta rescata la idea —que quedó abierta a más de cien páginas de distancia— al comenzar: «Y ahí estará», entonces no sería exagerado afirmar que el texto transcurre entre un paréntesis de insularidad («Ahí está la isla». «Y ahí estará») y un perpetuo y riguroso baño de sangre. Esta esencia violenta quizá donde mejor puede apreciarse es en su *capítulo* más corto, en esas once palabras que definen toda una tradición, una cultura, un modo de vida:

«¿En que otro país del mundo hay una provincia llamada Matanzas?».

<sup>5</sup> La cita a Cabrera Infante aparece en inglés en el libro de Jill Levine. Su traducción «de vuelta al cubano», en este texto, es mía.

Entre ese paréntesis que abunda sobre la cualidad geográfica de Cuba priman y se alternan las masacres, la batalla campal, las ciudades sitiadas (por tropas foráneas o por el miedo interno), los sacrificios en aras de una patria incipiente que se labra a pedazos, los sabotajes, las intrigas, los patriarcas omnipotentes, las traiciones, los suicidios, las torturas, los ajusticiamientos, las persecuciones, los muertos abandonados a la vera del camino, las conjuras, los asesinatos políticos, los altisonantes paredones... actos todos que se suceden de forma natural —y en medio de la inmutabilidad de la Isla— desde la «conquista» misma, y que se irán heredando con cada desgobierno y cada dictadura, no importa si de la república «mediatizada» o de esa *rara avis* que es el fracasado experimento socialista del Caribe.

Después de la primera viñeta —que data de la prehistoria del archipiélago, describe el surgimiento de *las islas y los cayos* y anuncia el tránsito (geográfico, semántico) de la referencia en plural a éstos a la alusión a una única Isla de «forma definida» que semeja una «larga herida verde»—, *Vista del amanecer en el trópico* prosigue —o, en realidad, *comienza*— con la siguiente cita del consabido libro de Fernando Portuondo: «... la historia *comienza* con la llegada de los primeros hombres blancos, cuyos hechos registra». Acto seguido, Cabrera Infante contesta a tal aseveración, ahora en el cuerpo de su texto: «Pero antes que el hombre blanco estaban los indios», pronunciándose así en contra del planteamiento eurocentrista de la historia cubana y, a la vez, dando inicio a la controversia que establecerá su libro con sus precursores históricos y/o literarios.

Esta segunda viñeta ya presenta los elementos que se manifestarán, con ligeras mutaciones, a lo largo del libro y, por ende, de la historia de Cuba: la crueldad, la pugna por el poder (los taínos tratan a los siboneyes como criados, pero ambos están a merced de los feroces caribes), los conflictos de clase que poblarán una tierra (que desde su edad más temprana ya está quebrantada en tres tribus antagónicas) y la más brutal discriminación étnica (que habrá de florecer hasta nuestros días), explícita en el lema de los nómadas, bravos y orgullosos caribes: «*Ana carina roto*». En castellano: «Sólo nosotros somos gente».

Las «ligeras mutaciones» expuestas en el párrafo anterior son fácilmente verificables. Si el lector re-escribe, o mejor aún, *actualiza* la correlación de fuerzas entre las tres comunidades indígenas siguiendo un criterio, digamos, *equitativo* y racional, podría sustituir respectivamente los vocablos taínos, siboneyes y caribes por españoles del último peldaño, indios (en general) y peninsulares de la cúpula isleña, o por capataces, esclavos y amos, o por criollos blancos, mulatos libertos e ibéricos fieles a la corona, o simplemente por mulatos, negros y blancos. Las anteriores son versiones primarias que pueden arrojar infinitas alternativas. Una de las posibles sustituciones (aquí propuestas) quedaría: los mulatos tratan a los negros como criados, pero ambos están a merced de los feroces blancos. Y claro, huelga aclarar que la premisa excluyente de las tribus guerreras de antaño sólo requiere un cambio mínimo para hacerla que encaje en la coyuntura contemporánea. No hay diferencia alguna entre la convicción primitiva de los caribes de que «sólo nosotros somos gente» y la maniobra legal —reflejada entre mamparas en la Constitución

Socialista Cubana de 1976<sup>6</sup> y en su reedición de 1992— que dictamina que la tantas veces citada educación gratis es «sólo para los revolucionarios». Borges pudo decirlo: «la historia de esta isla es una ruina circular y se repite». Cinco siglos más tarde sigue sucediendo lo que en sus inicios: sólo una parte de la población ostenta la categoría de *persona*. En otras palabras: *sólo los revolucionarios son gente*.

Según confiesa GCI, este texto es un derivado de *Tres tristes tigres*<sup>7</sup>. De tal suerte, las primeras viñetas datan de 1963-1964. De hecho, *TTT* estaba encaminado a ser una *Vista del amanecer en el trópico* (éste era su título provisional) y las viñetas iban a estar diseminadas a lo largo de la novela-trabalenguas, pero el Infante decidió extirparlas de ahí, dejárselas al tiempo y al olvido, de donde las rescataría en 1973 mientras combatía «la insania (sic) individual con la locura colectiva»<sup>8</sup> y, con la incorporación de varios textos nuevos, conformó lo que hoy se conoce como *Vista...*

Dado el notable contenido gráfico que se manifiesta a lo largo del libro, resulta obvio que Cabrera Infante escogió el título exacto para nombrar este carnaval, matrimonio de literatura e historia, pues *Vista del amanecer en el trópico* es —entre otras tantas cosas— un álbum de fotos, literal y figuradamente: muchas de sus escenas son descripciones detalladas de instantes que fueron congelados por la gracia de la litografía, el daguerrotipo o la cámara fotográfica moderna.

Al contrastar esta naturaleza tropical, idealizada y pacífica con la lacra humana que lentamente la puebla y la destruye, Cabrera Infante crea un *yin yang* narrativo, una suerte de «desequilibrio armónico». Pero si el elemento gráfico y la violencia son motivos que regresan una y otra vez a las páginas de *Vista del amanecer...*, es la permanencia de la Isla como *tal* lo que constituye el mínimo común denominador del texto, su constante básica, la clave que subyace en un pretendido plano secundario.

Las palabras «subyace» y «pretendido» son adrede. Si se lee detenidamente, se podrá apreciar que la relación *pictórica* figura-fondo se trastoca en esta versión del *trópico*: a pesar de que lo que define a la inmensa mayoría de las viñetas es su esencia violenta, el autor —de manera no muy solapada: al encabezar la primera masacre con una sentencia definitiva: «ahí está la isla» y al sellar el último asesinato documentado en el libro con otra máxima irreversible: «y ahí estará»— parece exponer que lo perdurable de esta Isla es precisamente *su condición insular*.

No importa cuánta sangre se derrame, cuántas vidas se trunquen, cuántos tiranos se alcen con el poder, entérense lectores: *ahí estará la isla*.

<sup>6</sup> *Constitución Socialista Cubana de 1976*, en: *Encuentro en la red*. Sección «Documentos de consulta». 1996-2004. ([www.cubaencuentro.com](http://www.cubaencuentro.com)).

<sup>7</sup> Cabrera Infante, Guillermo; *Tres tristes tigres*; Seix Barral, Barcelona, 1999.

<sup>8</sup> Sobre el autor. Op. cit.